

CONFINADOS

Érase una vez, hace algunos años, una catastrófica crisis causada por un virus llamado COVID-19 o coronavirus que llegó a España. El virus se propagaba muy rápidamente y podía causar la muerte, sobre todo a personas con problemas de salud o de la tercera edad.

Al poco tiempo de aparecer los primeros infectados en el país, los colegios, universidades e institutos se cerraron. Los niños tenían que quedarse confinados cuatro semanas o más.

Cuando llevaban sólo tres días algunos no soportaban estar encerrados, otros aprovechaban para hacer tareas que en días normales no hubiesen podido hacer porque no tenían tiempo, algunos se pasaban el día haciendo tarea para quitársela de en medio pero cada día le mandaban algo nuevo y al final acababan sin tiempo para divertirse. En cambio, otros pasaban los días haciendo el vago, jugando con las consolas y los móviles y al final del día acababan con los ojos rojos de tanto mirar la pantalla y con dolor de cabeza.

Una niña llamada Alexa vivía en un bloque donde en la mitad de los pisos vivían niños más o menos de su misma edad o más pequeños. Alexa era una niña muy responsable, solidaria e inteligente. Tenía el pelo castaño y los ojos verdes.

Alexa hacía todas las mañanas una ronda por los pisos en los que vivían ancianos o personas con algún tipo de problema, y hacía una lista con pedidos de comida y recogía el dinero para comprar lo que habían pedido y así evitaba que tuviesen que salir de casa y exponerse al virus. Por la tarde sus padres iban y hacían los recados y a la mañana siguiente Alexa se los llevaba con guantes y una mascarilla para prevenir el contagio.

Todos en el bloque la conocían, y la felicitaban por su solidaridad y algunos hasta le ayudaban con los encargos, porque eran demasiados. Sus padres estaban muy orgullosos. Aunque no era la primera vez que Alexa se ofrecía a hacer algo solidario.

Un día, una mujer que bajaba a hacer los encargos vio a Alexa cargar con grandes bolsas de comida y decidió ir a ayudarla. Mientras subían las escaleras la mujer le empezó a decir que ojalá su hija se despegase de la pantalla de su videoconsola y le preguntó que si algún día que tuviese tiempo podía ir a jugar con su hija Lidia. Alexa se ofreció encantada.

Al día siguiente, después de anotar algunos pedidos, Alexa se presentó en la casa de la madre de Lidia. Tocó al timbre y la madre de Lidia le abrió con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba muy contenta de que Alexa hubiese venido y la guió hasta la habitación de Lidia.

Cuando la madre abrió la puerta, Alexa vio una niña con el pelo negro sentada en una silla muy cómoda, con los pies encima de la mesa, que jugaba a un videojuego y no apartaba la cara de la pantalla. Llevaba puesto un pijama negro de la película *Star Wars*. El cuarto de Alexa tenía las paredes pintadas de negro y había un montón de pósters pegados en las paredes. Todo lo de su cuarto era negro menos los muebles, que eran marrones.

La niña no se había dado cuenta de la presencia de Alexa y de su madre hasta que la madre dijo en voz alta: "Lidia, esta es Alexa. Ha venido a hacerte compañía".

En ese momento Lidia miró con una cara de odio a su madre puesto que no le hacía mucha gracia pasar el rato con una niña que no conocía, pero la madre dijo finalmente: "Bueno, os dejo para que habléis". Ella salió de la habitación, cerró la puerta y dejó a las dos niñas solas.

En medio de un silencio, Lidia le preguntó que si sabía jugar al videojuego que ella estaba jugando, pero a Alexa no le dio tiempo de responder porque ella ya le había dado un mando.

Se pasaron horas jugando, aunque Alexa no tenía ni idea de cómo se jugaba pero Lidia le indicaba cómo tenía que hacerlo. Luego estuvieron charlando y cotilleando.

Después de todo se habían hecho muy amigas y con el tiempo Alexa y Lidia se hacían videollamadas constantemente porque por seguridad los padres de ambas niñas les aconsejaron que de esa forma sería más eficaz evitar el contagio.

A la semana se conocían como si fueran amigas de toda la vida y la madre de Lidia estaba muy contenta porque su hija había cambiado mucho, después de la visita de Alexa.

Un día Lidia le presentó a través de una videollamada a uno de sus amigos, que también estaba en el bloque. Se llamaba Max. Tenía el pelo negro y los ojos verdes, era muy gracioso y divertido. Los tres se hicieron "mejores amigos de piso".

Otro día Alexa tuvo una idea para que pudiesen jugar los tres. La idea consistía en jugar al *Herbaz*, el juego de adivinar qué carta es la que tienes en la cabeza, Alexa repartió por debajo de la puerta de cada uno una carta boca

abajo y una cinta para colocarla. Se asomaron por sus ventanas que daban las tres al patio comunitario y comenzaron a jugar.

Algunos niños al oír sus voces y verlos jugar quisieron unirse al juego, y así hasta que casi todo el bloque se unió. Todas las tardes se reunían y jugaban a un juego diferente: al veo veo, al bingo, al tenis....

Como se divertían tanto, la cuarentena no se les hizo larga y hasta cuando terminó siguieron jugando por las tardes. Pero lo mejor de todo es que todos se hicieron amigos.

Marta Domínguez Muñoz
(1º ESO A)
Relatos y poemas en una cuarentena